

CUADERNOS

CEU-CEFAS | CENTRO DE ESTUDIOS, FORMACIÓN Y ANÁLISIS SOCIAL

CUADERNO 02 | invierno de 2022

ISSN: 2952-1386

Fundados en 2022,
los *Cuadernos CEU-CEFAS*
se publican cuatro veces al año.

Las opiniones expuestas en
los trabajos publicados son
de la responsabilidad exclusiva
de sus autores.

© Todos los derechos reservados.

CEU-CEFAS tiene por
objetivo la promoción de
los principios inspiradores
fundamentales de la Doctrina
Social de la Iglesia en los
ámbitos cultural y político,
mediante la realización
de cursos, congresos y
publicaciones. CEU-CEFAS
aspira a constituirse en un
lugar de referencia y encuentro
para debatir, reflexionar,
formar, difundir e investigar
en el ámbito de las ideas para
mejorar la sociedad.

www.cefes.ceu.es

CEU-CEFAS
Calle Tutor, 35
28008 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 77
cefes@ceu.es

Distribución gratuita
Depósito legal: M-28413-2022
ISSN: 2952-1386
Maquetación: CEU Ediciones
Impresión: CEU Ediciones
Impreso en España

Publica: CEU Ediciones
Calle Julián Romea, 18
28003 Madrid | España
Teléfono: (+34) 91 514 05 73
ceuediciones@ceu.es

El CEU es una obra de la
Asociación Católica de
Propagandistas.

La Fundación Universitaria
San Pablo CEU es una entidad
inscrita en el Registro de
Fundaciones con el nº 60 /
CIF (G-28423275).

Consejo Editorial de CEU-CEFAS

Alfonso BULLÓN DE MENDOZA Y GÓMEZ DE VALUGERA, *Presidente*

Elio A. GALLEGO GARCÍA, *Director Académico*

Rémi BRAGUE

Alfredo CRUZ PRADOS

Alvino-Mario FANTINI

María del Carmen FERNÁNDEZ DE LA CIGOÑA CANTERO

Gregorio IzQUIERDO LLANES

Consuelo MARTÍNEZ-SICLUNA Y SEPÚLVEDA

Jerónimo MOLINA CANO

Dalmacio NEGRO PAVÓN

Jaime NOGUEIRA PINTO

Benigno PENDÁS GARCÍA

Carlos RODRÍGUEZ BRAUN

Manuel Alejandro RODRÍGUEZ DE LA PEÑA

Jorge SOLEY CLIMENT

Pablo VELASCO QUINTANA

Índice

Presentación

Elio A. Gallego García

9

Europa y la crisis de santos

Alvino-Mario Fantini

11

Ruptura y restauración: un proyecto para el futuro político del cristianismo en Europa

David Engels

25

Cristianismo sin Cristiandad

Chantal Delsol

37

La agonía de la Cristiandad

Dalmacio Negro

49

Presentación

ELIO A. GALLEGO GARCÍA

DESPUÉS de haber dado a conocer en nuestro 9
cuaderno inaugural una versión en español de
la conferencia de clausura del primer Congreso
Internacional de CEU-CEFAS,¹ proseguimos ahora con la
edición de otras comunicaciones. Todas giran en torno al
tema que nos llevó a reunirnos en Madrid, en la Universi-
dad CEU San Pablo, a inicios de marzo de este año de 2022:
«Hacia una renovación cristiana de Europa».

Los textos que publicamos en el presente número proceden
de dos mesas redondas: «Europa hoy: desafíos y respues-
tas» (2 de marzo) y «La agonía del Cristianismo en Occi-
dente» (3 de marzo). Son sus autores Alvino-Mario Fantini

¹ Russell R. Reno, «¿El ocaso de las democracias liberales? La reconquista de la libertad», *Cuadernos CEU-CEFAS*, 01 (otoño de 2022), pp. 15-43.

10 (director de la revista *The European Conservative*), David Engels (profesor en el Instituto Zachodni de Poznan, Polonia); Chantal Delsol (fundadora en Francia del Instituto Hannah Arendt) y Dalmacio Negro (catedrático emérito de la Universidad CEU San Pablo y director de la Cátedra Alexis de Tocqueville). Tenemos prevista la recopilación de las restantes ponencias en un tercer número de nuestros *Cuadernos*.

Importa recordar que las opiniones expuestas en los trabajos publicados son de la responsabilidad exclusiva de sus autores, como lo son las aportaciones de cada participante en las actividades de CEU-CEFAS: hechas con total libertad académica, se ofrecen al debate y a la reflexión para que cada uno pueda formar su propia opinión con idéntica libertad.

Europa y la crisis de santos*

Alvino-Mario FANTINI

T ENGO el honor de ser el editor de una revista trimestral paneuropea en inglés: *The European Conservative*. Esta publicación surge originalmente de la Vanenburg Society, un grupo de intelectuales conservadores fundado en 2006 por varias personas: Andreas Kinneging, un filósofo del Derecho de la Universidad de Leiden, en los Países Bajos; el filósofo político András Lanczi, ex rector de la Universidad Corvinus de Budapest; Caspar von Schrenck-Notzing (1927-2009), un destacado pensador de la derecha alemana de la posguerra y editor de

11

* Comunicación realizada el 2 de marzo de 2022 en el Aula Magna de la Universidad CEU San Pablo, en Madrid, en el Congreso Internacional «Hacia una renovación cristiana de Europa», en la mesa redonda titulada «Europa hoy: desafíos y respuestas».

12 la revista *Criticón*; y el filósofo inglés Roger Scruton (1944-2020), por nombrar algunos.

Vale la pena señalar que la Sociedad Vanenburg es el mismo grupo que en 2017 produce «La declaración de París: una Europa en la que podemos creer», una proclamación de principios ratificada por muchos de los miembros de la Sociedad Vanenburg, pero también firmada por Ryszard Legutko, Dalmacio Negro Pavón, Rémi Brague, Chantal Delsol, Pierre Manent y el fallecido Robert Spaemann (1927-2018), entre otros. Traducida a 25 idiomas, la versión española también ha sido firmada por otras personalidades, algunas de las cuales están hoy aquí con nosotros.²

Con el paso de los años, al enviar la revista *The European Conservative* en formato PDF a una lista creciente de suscriptores, empecé a darme cuenta de que estaba ocurriendo algo inesperado pero importante: la revista estaba adquiriendo una audiencia global. Recuerdo con una sonrisa que, hace unos años, en una reunión del Grupo de Conservadores y Reformistas Europeos (ECR) en el Reino Unido, me encon-

² Pueden encontrar fácilmente en internet nuestra *Declaración de París*: thetrueeurope.eu.

tré sentado junto a dos parlamentarios de Luxemburgo, y me di cuenta de que estaban leyendo algo en sus iPads que inmediatamente reconocí como el *European Conservative*.

Fingiendo ignorancia, pregunté: «¿Qué están leyendo?»

Me dijeron: «¡Oh! Es una publicación fascinante sobre las ideas conservadoras en Europa.»

Volví a preguntarles: «¿Y puedo saber dónde exactamente lo han conseguido?»

«De un amigo en Londres, quien la recibió por correo electrónico de un amigo en Washington, y él la recibió de un amigo en Zagreb...» Pues, así fue que el *European Conservative* se hizo viral, antes de que se extendiera el otro infame virus.

Ahora, hace un año, más o menos, rediseñamos y relanzamos toda la publicación. Ahora es una publicación trimestral de 128 páginas. Su sitio en internet también ha crecido, con noticias y análisis diarios. Pronto, además, esperamos iniciar un *podcast* y una serie de vídeos.³

³ Sitio en internet: europeanconservative.com.

14 Dos palabras finales sobre el *European Conservative*: la belleza y la herencia de Occidente son sumamente importantes para nosotros. En esto, recibimos inspiración de *FMR*, la publicación homónima de Franco Maria Ricci (1937-2020), quien durante muchos años produjo esa que entonces llamaban ‘la revista más bella del mundo’.

Además de la belleza, también buscamos entender –y difundir– las ideas y pensamientos de lo que llamamos ‘conservatismo respetable’. Esto abarca las ideas tradicionalistas; se extiende a algunas ideas liberales clásicas; pero también buscamos ampliar la comprensión del pensamiento aristocrático y monárquico. En definitiva, nos interesa todo aquello que se resiste a las abstracciones políticas y a los movimientos ideológicos de masas que inevitablemente pretenden reinventar la sociedad, o crear un ‘hombre nuevo’.

Desafíos

Permítanme hablar de uno de los retos que nos enfrentan: cómo convencer a la gente de que el reto actual es principalmente cultural y espiritual, no económico o político. Creo que muchos de nosotros tendemos a perder de vista este simple hecho.

Como solía decir Andrew Breitbart (1969-2012), fundador de *Breitbart News*, «*politics is downstream from culture*». (Más o menos: «la política es la corriente que desciende de la cultura».)

O, mirando más atrás, en los años en que los católicos estadounidenses Frederick Wilhelmsen y L. Brent Bozell vivían en San Lorenzo del Escorial, asistían a los Actos de Montejurra y dirigían escuelas de verano para jóvenes conservadores, su mensaje era igualmente: «lo político es más profundo que lo económico; lo cultural es más profundo que lo político; y lo espiritual es más profundo que lo cultural».

Deberíamos recordar este mensaje, ya que hay una tendencia –tanto en la derecha como en la izquierda– a centrarse demasiado en los aspectos materiales de la vida. Nos preocupan más los índices bursátiles que nuestras familias, o nuestras iglesias, nuestra herencia cultural y espiritual.

Como lo expresa el filósofo –ahora eurodiputado– François-Xavier Bellamy, la indiferencia hacia nuestro patrimonio occidental (hacia los tesoros construidos por nuestros antepasados) es fundamentalmente consecuencia

16 de la ingratitud.⁴ Si bien nos beneficiamos de todo lo que nuestros antepasados crearon y lograron, realmente no lo comprendemos y lo despreciamos.

Pregunta Bellamy: «Cuántos niños, cuántos adultos entienden lo que ven en las obras de nuestros museos... nuestras ciudades o jardines, en la arquitectura de nuestras catedrales?»

Lamentablemente, muy pocos.

Pero hay algunos líderes conservadores –puede que incluso haya algunos en esta aula– que le dan la vuelta a todo esto, al revés, e insisten en que primero necesitamos crecimiento económico, antes de que podamos hacer el verdadero trabajo de restauración y renovación.

No estoy de acuerdo. Creo que ese punto de vista es típico en entornos en los que la gente siempre ha mirado al Estado como fuente de sus soluciones, como un mecanismo con el que aliviar las pruebas y tribulaciones de la vida.

⁴ Cf. François-Xavier Bellamy, *Les déshérités, ou l'urgence de transmettre*, París, Plon, 2014. Edición española: *Los desheredados: Por qué es urgente transmitir la cultura*, trad. Eduardo Martínez Graciá, Madrid, Encuentro, 2018.

De hecho, permítanme decir algo especialmente provocador: que las situaciones de emergencia, las depresiones económicas –incluso quizás, en cierta medida, la pandemia– han podido servir para volver a unir nuestras familias. Ha sido interesante ver cómo, en los dos últimos años, la gente ha vuelto a formar unidades familiares más fuertes, lo que ha llevado a una reconstrucción de los lazos intergeneracionales que la atomización híper-individualista había cortado.

En estos últimos años, muchos han optado por llevar una vida más sencilla, redescubriendo sus raíces y reconstruyendo los ‘pueblos abandonados de su juventud’. Es una respuesta alentadora a tiempos muy, muy difíciles. Tal vez los acontecimientos que están fuera de nuestro control sean útiles.

Recuerdo lo que el neoconservador norteamericano Irving Kristol dijo provocadoramente, hablando de los Estados Unidos: «No hay nada malo en este país que no pueda curarse con una larga y dura depresión.» Y por escandaloso que pueda sonar a nuestros oídos modernos, la pobreza recuerda a la gente las cosas verdaderamente importantes de la vida.

Ahora permítanme enumerar muy brevemente, sin ningún orden en particular, algunas posibles respuestas a los desafíos actuales, especialmente por parte de la derecha.

En primer lugar, está la respuesta nacionalista-populista: el rechazo a nuestra actual clase dirigente. Ya sea que uno mire el ‘Brexit’ o la elección de Trump o Bolsonaro; o el ascenso de partidos como Fratelli d’Italia, o Vox, o Chega y Reconquête!; hay crecientes movilizaciones de masas y resistencia populista contra nuestros ‘mandarines’ de la Unión Europea. Es demasiado pronto para juzgar este fenómeno, pero lo encuentro interesante, estimulante, y quizás saludable. Ya veremos.

En segundo lugar, está la idea de crear una especie de ‘comunidades intencionales’ basadas en –prestándome un término del filósofo del internet, Manuel Castells– ‘identidades de resistencia’. Esta idea puede encontrarse en *La opción benedictina*, de Rod Dreher, que realmente ha abierto un debate necesario.⁵

⁵ Rod Dreher, *The Benedict Option: A Strategy for Christians in a Post-Christian Nation*, Nueva York, Sentinel, 2018. Edición española: *La opción benedictina: Una estrategia para los cristianos en una sociedad postcristiana*, trad. Consuelo del Val, Madrid, Encuentro, 2019.

En tercer lugar, hay respuestas nacionales como la de Hungría, que ha reforzado sus familias y sus fronteras. Apoyando a las familias y a la procreación, y defendiendo la identidad nacional y las tradiciones, están preservando su país, protegiendo el bien y evitando el malestar que otros países de Europa Occidental han visto.

En cuarto lugar, está la creación de opciones académicas alternativas en todo el mundo –una constelación de nuevas escuelas e instituciones educativas, nuevos centros de investigación como CEU-CEFAS– en las que la gente ha dado la espalda, cada vez más, a las corruptas instituciones académicas (que han sido, hay que decir la verdad, completamente tomadas por los zombis de la ideología *woke*), y se han hecho responsables de su propia formación intelectual y espiritual.

En muchos países, la gente ha comenzado a enseñar a sus hijos por su cuenta, fuera de las instituciones establecidas o estatales. Por supuesto, en algunos países (como Alemania) la educación en casa (*home-schooling*) no está permitida por las autoridades. Pero la gente está encontrando formas de sortear estos obstáculos. No nos equivoquemos: estamos en una guerra por las mentes, los corazones y las almas de

20 nuestros hijos. La construcción de instituciones alternativas es más necesaria que nunca.

Yo diría que lo mismo ocurre más allá del ámbito educativo. En el panorama de los medios de comunicación, por ejemplo, donde los medios de hoy son totalmente cómplices en la ‘revolución cultural’. Colaboran con la ‘guerra contra el orden natural’, y simplemente ya no podemos confiar en ellos.

Así que tenemos que hacer las cosas a nuestra manera. Tenemos que crear nuestras propias empresas. Tenemos que crear nuevos medios de comunicación y boletines y revistas. Celebro, por ejemplo, la creación de nuevas publicaciones en Europa, como *Centinela* en España, o incluso el relanzamiento de *El Debate*.

El objetivo final es volver a un mundo impregnado del espíritu del humanismo cristiano, una ‘re-sacralización’ del mundo, como yo mismo he argumentado en *Renovatio Europae*, una recopilación de ensayos a cargo de David Engels.⁶ Allí escribí: «No podemos esperar una Cristiandad

⁶ *Renovatio Europae: Plädoyer für einen hesperialistischen Neubau Europas*, Lüdinghausen / Berlín, Manuscriptum, 2019. Edición española: *Renovatio*

renovada sin una re-cristianización total de Occidente, pero debemos comenzar con nosotros mismos –con nuestro trabajo y nuestras actividades– integrando todas estas dimensiones ordinarias de la vida con lo sobrenatural.»

Santidad

Con esto, llego a mi último comentario. Ninguna de las respuestas que he enumerado brevemente –ninguna respuesta política, ningún programa del sector público o privado, ninguna asociación de voluntarios– tendrá importancia si no somos nosotros mismos ejemplos de ética y virtud. No importa cuántas estructuras alternativas construyamos: si nosotros mismos no volvemos a la fuente de todo –a la fuente de la creación–, nuestros esfuerzos serán inútiles; y la tierra que labremos, inerte.

Como escribió el teólogo francés Jean Daniélou a mediados de los años sesenta en *Oración y política*: «no puede haber civilización si la adoración no tiene cabida en ella».⁷ Tal vez

Europae: Por una renovación hesperialista de Europa, Alicante, Eas, 2020.

⁷ Jean Daniélou, *Oración y política*, Barcelona, Pomaire, 1966. En inglés, *Prayer as a Political Problem*. Edición original: *L'raison, problème politique*, París, Arthème Fayard, 1965.

22 otra forma de expresarlo es con las palabras de un sacerdote español: «estas crisis mundiales son crisis de santos».⁸

Al dejarles con este pensamiento, quiero invocar a mi propio abuelo materno. Perdonen que lo mencione aquí, pero es una fuente de inspiración.

Periodista. Diplomático. Hombre de letras. Católico devoto. Esposo y padre. Lo tengo presente todos los días, sobre todo cuando *The European Conservative* sigue creciendo. En todo lo que hizo, buscaba la excelencia y vivía con una clarísima comprensión de lo que la virtud cristiana exigía. En un capítulo dedicado a mi abuelo, titulado «Arquitecto del periodismo»,⁹ recuerda el periodista y escritor boliviano Luís Ramiro Beltrán:

«En un artículo premonitorio que publicara en marzo de 1985 en la revista *Signo*, Guillermo Céspedes Rivera anticipó la hora de su muerte con orgullo y buen humor:

⁸ San Josemaría Escrivá, *Camino*, 301.

⁹ Luís Ramiro Beltrán, *Memorias de papel sábana. Con la tinta de imprenta en las venas*, La Paz, Plural Editores, 1998, pp. 123-135.

“... Mañana, cuando deba emprender la última etapa de la existencia, frente a los cuatro Evangelistas... los cuatro amigos mirarán mis manos: ‘¡Están limpias y vacías!’; comentarán con una sonrisa. Un gesto cariñoso me señalará el camino hacia una bellísima y maravillosa galaxia”.» 23

Que todos aspiremos a ser como él. Gracias.

Ruptura y restauración: un proyecto para el futuro político del cristianismo en Europa*

David ENGELS

LA renovación de Europa en el espíritu de su secular tradición cristiana es una imagen que en los círculos conservadores se ha invocado una y otra vez en las últimas décadas. Sin embargo, a menudo no solo parece que a duras penas nos hayamos acercado un solo paso a esa esperanza sino que más bien nos alejamos más y más del objetivo. El grado de corrupción moral y espiritual en Occidente está alcanzando nuevas e inimaginables dimensiones día tras día. Entretanto, además de su salud moral y su estabilidad

25

* Comunicación realizada el 2 de marzo de 2022 en el Aula Magna de la Universidad CEU San Pablo, en Madrid, en el Congreso Internacional «Hacia una renovación cristiana de Europa», en la mesa redonda titulada «Europa hoy: desafíos y respuestas». Título original: «Disruption and restoration: a blueprint for the political future of Christianity in Europe.» Traducción de Gabriel Insausti.

26 económica se ve amenazada su supervivencia misma como civilización independiente, y esto no únicamente debido a la masiva inmigración procedente de fuera de Europa sino, lo que es peor, debido al alejamiento de los propios europeos de su legado cristiano y, por consiguiente, de la esencia de su civilización. Ciertamente las tradiciones occidentales beben de fuentes que no se reducen al cristianismo (solo hay que pensar en la herencia grecolatina o en las tradiciones céltica, germánica y eslava), y por otro lado la Iglesia traspasó hace mucho las fronteras del continente europeo y echó raíces en todo el mundo. Pero la Cristiandad europea y la identidad occidental tienen desde una perspectiva histórica tantos puntos de encuentro que durante siglos la gente se ha visto inclinada a hablar de ambas cosas como intercambiables; y está claro que no cabe arrancar una sin destruir la otra.

No hace falta recordar los disturbios de 2020 y 2021, cuando bajo el pretexto de la solidaridad contra un racismo ‘sistémico’ estallaron los brotes violentos en los Estados Unidos y más tarde se extendieron por Europa, causando no solo saqueos y agresiones físicas sino también el perjuicio y la destrucción sistemáticos de nuestro legado cultural

occidental. Durante años, incluso décadas, Occidente se ha caracterizado por una autodestrucción trágica en la que algunas de las tradiciones más valiosas de nuestra civilización –la caridad, la tolerancia, la introspección– se han alejado de sus raíces espirituales, han sido monopolizadas y desfiguradas por los ‘progresistas’ y en este momento, por así decirlo, se dirigen hacia el absurdo, al haber abandonado su anclaje trascendental. Al mismo tiempo muchos ‘conservadores’ parecen absolutamente perplejos ante la actual evolución de los acontecimientos y, debido a la presión aún mayor de lo políticamente correcto, caen fácilmente presa del liberalismo (ignorando que era precisamente la idea de *laissez faire* y de las normas morales basadas únicamente en la idea de ‘no perjudicar a nadie’ y de ‘negociar’ el consenso lo que se hallaba en la raíz misma de la corrupción actual).

Para establecer un espacio intermedio entre el liberalismo y el izquierdismo hemos de comprometernos con lo que he llamado ‘hesperialismo’ y con lo que he propuesto, junto con algunos colegas de todas partes de Europa, en mi libro *Renovatio Europae*.¹ El hesperialismo obtiene su nombre

¹ David Engels (ed.), *Renovatio Europae: for a Hesperialist Renewal of Europe*, Groninga, 2019.

de la añoranza típicamente occidental y ‘fáustica’ de lugares utópicos como las Hespérides, Atlantis, Avalon, Utopía o Valinor, y se caracteriza tanto por un compromiso constructivo con las tradiciones históricas de Occidente, y por tanto con el cristianismo, como por un esfuerzo hacia la unificación de las naciones europeas más allá de la burocracia de la Unión y de la estrechez de miras nacionalista. Así, el hesperialismo defiende la idea de una Europa que, por un lado, sea lo bastante fuerte como para proteger el estado nacional contra el auge de China, la explosión demográfica de África, la difícil relación con Rusia y la radicalización de Oriente Medio. Pero, por el otro lado, esa Europa solo gozará de aceptación si permanece fiel a las tradiciones históricas occidentales en vez de combatir las en nombre de un quimérico universalismo multicultural. Por tanto, sus pilares serían la defensa de la familia natural, una regulación severa en materia de inmigración, el regreso de la ley natural, una protección de un modelo económico socialmente responsable, una puesta en práctica radical del principio de subsidiariedad, un refuerzo de las raíces culturales de nuestra identidad y una renovación de nuestro sentido de la belleza. Dada la situación actual, todo esto parece cifrar una esperanza vana. Y, sin embargo, hay cada vez más signos que permiten albergar algún optimismo.

En la esfera privada, por ejemplo, vemos algunos indicios, especialmente entre los jóvenes, de que los valores recibidos a menudo de padres de la generación del sesenta y ocho se perciben cada vez más como inadecuados, pues sus promesas y proyectos sociales, políticos y culturales se han revelado traspasados, incluso perjudiciales. Sin duda, el número de los que conscientemente deciden regresar a la trascendencia cristiana y a la tradición cultural es aún reducido y muy necesitado de orientación; y ha sido con este problema en mente como he escrito recientemente una breve propuesta, *Was tun*, donde he intentado esbozar cómo sería posible, incluso en el actual declive de nuestra civilización, permanecer fieles a nuestros ideales conservadores.² En cualquier caso, cada vez está más claro que el relativismo, el materialismo y el nihilismo, pese a todo, no tendrán tanto éxito en las próximas generaciones como podría haber parecido solo unos pocos años atrás: con la consolidación y la radicalización de la actual cultura de la muerte, los defensores de la cultura de la vida también se están reorganizando, y tal vez con una comprensión de su importancia, siempre vigente, mayor que en los siglos pasados.

² David Engels, *Was tun? Leben mit dem Niedergang Europas*, Bad Schmiedeberg, 2020.

30 Sin embargo, incluso en el campo de la lucha política, no se ha perdido toda esperanza. Por un lado, la acumulación amenazadora de varios potenciales factores de conflicto, externos e internos (sea ese conflicto de naturaleza económica, política, social, demográfica, ecológica o etnocultural) está causando entre muchos ciudadanos una creciente conciencia de la gravedad de la situación y la necesidad de repensar de modo fundamental nuestra sociedad, aunque por el momento esta conciencia la aprovechan a menudo los mismos que crearon los problemas antes enumerados. No obstante, sea por la polarización social, por la parálisis de las instituciones políticas, por el riesgo de ver cómo la población cristiana de las grandes ciudades se convierte en un grupo minoritario, por las desastrosas consecuencias de la sobreexplotación de nuestro entorno, por el fracaso de nuestro sistema educativo, por la obscena banalización del aborto y la eutanasia, por los riesgos del transhumanismo o por la corrupción moral inducida por el actual culto al consumo, cada vez está más claro para todo el mundo que nuestra civilización se halla en una fase de peligroso desequilibrio y que la solución no puede consistir en un despreocupado «mantened la calma y seguid avanzando», sino solo en un replanteamiento fundamental. Debería estar entre nuestros objetivos demostrar que

ese replanteamiento no lo pueden garantizar los que son responsables de la crisis, solo puede producirse mediante un regreso a los valores que durante siglos han propiciado el éxito de Europa.

Sin embargo, ¿quién puede y debe suscitar esa conversión, cuando los sedicentes partidos cristianos han abandonado cada vez más sus principios nucleares mientras que los partidos populistas ofrecen escasas soluciones constructivas, aparte de una certera aunque dolorosa enumeración de las abundantes fallas de nuestra sociedad?

*Wo aber Gefahr ist, wächst / Das rettende auch.*³ Desde hace años, ha ido haciéndose más firme la intuición de que quienes deseen proteger la esencia cristiana de Occidente han de hacerlo a nivel europeo y no solo nacional. Un ejemplo típico es el papel que podrían jugar los estados del Grupo de Visegrado, que por medio de su estrecha cooperación y un común énfasis en el legado cristiano, están demostrando que hay una alternativa a los extremos de los pequeños estados nacionales y el universalismo eurocéntrico. Es muy probable

³ «Allí donde está el peligro, allí también / está la salvación» (Hölderlin, *Patmos*).

32 que los acontecimientos de los próximos años intensifiquen esta tendencia, como veremos y como de hecho se espera: una reestructuración de los partidos conservadores europeos y una posible extensión del modelo de Visegrado dentro del marco del proyecto de los Tres Mares. Así, a la vista de la cada vez más creciente crisis de la Europa Occidental, no cabe descartar que en pocos años el Este se convierta en la nueva ancla de la estabilidad, introduciendo un giro en muchos parámetros. El «Preámbulo para una Confederación de Naciones Europeas», que acabo de publicar en nombre de la Asociación Polaca de Artistas, podría ser un primer indicio de la dirección hacia la que esa nueva organización de la cooperación europea podría tender,⁴ y cuyo modelo se basaría más en la subsidiariedad y en la autolegitimación trascendente del Sacro Imperio Romano-Germánico que en el centralismo y la laicidad jacobinos.

Aunque muchos aún no han reparado en esto, la era de los partidos clásicos ha terminado, como han demostrado ampliamente el ascenso meteórico de Donald Trump y su antítesis, el actual presidente de Francia, así como la cre-

⁴ David Engels, «A Document for Our Age», en *The European Conservative*, verano-invierno de 2020, pp. 76-77.

ciente desintegración de la clásica divisoria entre partidos de centro izquierda y centro derecha. Ante el obvio fracaso de la democracia representativa, crece el descontento de los ciudadanos ante el pesado aparato de unas organizaciones y unas siglas en muchos aspectos ideológicamente intercambiables, mientras crece al mismo tiempo el anhelo de modelos humanos inmediatos. Por supuesto, esta tendencia no carece de peligros, máxime cuando tenemos en cuenta la confusión que puede provocarse fácilmente debido a la atracción que ejercen las personalidades carismáticas en épocas de crisis,⁵ aunque al mismo tiempo ese giro en las tácticas políticas tiene también una gran capacidad para transformar con rapidez estructuras sociales que tal vez nos parezcan inmutables desde nuestra actual perspectiva.

¿Cómo se puede lograr ese objetivo? Si bien los países de Este de Europa probablemente conservarán gran parte de sus instituciones democráticas, cabe esperar que Occidente asista a una terrible liquidación de la democracia representativa tradicional y que los conflictos políticos no se resuelvan ya en los parlamentos sino en las calles, con el enfrentamiento entre grupos armados cada vez más agresivos,

⁵ Ver David Engels, *Auf dem Weg ins Imperium*, Berlín, 2014.

34 y entre redes mediáticas rivales, al tiempo que las instituciones públicas se vuelven cada vez más y más impotentes fuera de ciertas áreas estratégicas, como los centros de las grandes ciudades. En ese combate los estados de Visegrado podrían convertirse en un importante activo para todas las fuerzas conservadoras occidentales y llegar a ser una base de poder donde se organicen la resistencia y la expansión activa. Quien demuestre que es capaz de mantener la ley y el orden entre las diferentes sociedades paralelas en las que se está fragmentando nuestra civilización y al mismo tiempo logre establecer el predominio de su relato ideológico en los medios se convertirá en el candidato más verosímil para el pueblo. También lo será para los grandes agentes económicos, siempre necesitados de que se les asegure la estabilidad, la paz y los beneficios. De este modo conseguirá reunir el poder suficiente como para establecer un nuevo orden, un poder garantizado por el apoyo popular ratificado en un plebiscito; mientras tanto, el parlamentarismo se desdibujará y quedará reducido a una confirmación meramente superficial de las auténticas estructuras de poder que se esconden tras la fachada.

Una vez que esta tendencia se acepte como inevitable (aceptación que está muy lejos de constituir un proceso fácil,

dado que las realidades descritas arriba son cualquier cosa menos ideales), nuestro deber sería asegurar que esta evolución tiene lugar bajo los auspicios de una renovación de los valores cristianos tradicionales, cosa que ya se ha enunciado meticulosamente para crear las condiciones necesarias, tanto políticas como culturales. Y lo más importante, necesitamos educar a toda una nueva generación de futuros dirigentes que encarnen este nuevo ideal y sean capaces de hacer uso responsable de las oportunidades que las convulsiones de los próximos años sin duda ofrecerán a la agenda conservadora y cristiana. Solo entonces podremos esperar la llegada de una nueva era 'augusta' de la historia europea, que devolvería al cristianismo a su lugar de preeminencia social, política y cultural, del mismo modo que Augusto restauró la religión romana en declive hace dos mil años.

Por supuesto, de momento estos proyectos son visiones del futuro aún vagas. E incluso peligrosas, porque cabe esperar que los próximos meses y años no se van a caracterizar por una reorientación interna y pacífica de los ciudadanos europeos; más bien contemplarán una explosión incontrolada de la ya abrumadora cantidad de problemas, conflictos y agresiones que se han acumulado. La frecuencia y la violencia de los disturbios que con frecuencia sacuden a las prin-

36 ciples ciudades occidentales aumentarán gradualmente y, debido a los inadecuados mecanismos de defensa políticos, psicológicos e institucionales pronto se volverán endémicos y omnipresentes, hasta que por fin se agote el cupo de miseria. Y, claro está, cuanto más pierda su control sobre los asuntos públicos la actual élite política más crecerá también la denuncia y la represión contra los que defienden activamente un planteamiento conservador. Sin embargo, y pese a los difíciles tiempos que se nos vienen encima, debemos recordar siempre las posibilidades que pueden surgir muy pronto, propiciadas por el curso de los acontecimientos que se están desarrollando ya en este momento y comprometernos a emplear nuestras energías en analizar y conducir este proceso de tal modo que se evite el peor de los males.

Para lograr tal cosa, sin embargo, es preciso no solo adoptar las decisiones políticas acertadas sino también encarnar nuestros propios ideales en la vida cotidiana, poniendo en práctica el espíritu de la fe cristiana y de la tradición occidental en nuestros actos y nuestras palabras. Solo entonces podrán tomarnos como ejemplo aquellos que han perdido su norte espiritual, solo así lograremos restaurar la identidad cristiana occidental tanto como aún sea posible en el corazón de nuestro continente y de nuestros conciudadanos.

Cristianismo sin Cristiandad*

Chantal DELSOL

EL fin de la Cristiandad no supone el fin del cristianismo sino su transformación, una transformación que hay que explicar y que no es inédita en nuestra historia. Durante dieciséis siglos hemos estado en situación de predominio y la aparición rápida, casi repentina, de una situación de minoría contiene un gran desafío en términos de comprensión y en términos de acción. Y, además, se plantea una pregunta crucial: el cristianismo, por su propia vocación, ¿no está llamado a extenderse, a convertir e incluso a predominar? La situación actual, ¿no es sencillamente contraria a su destino? ¿No lo cuestiona de un modo fundamental?

37

* Comunicación realizada el 3 de marzo de 2022 en el Aula Magna de la Universidad CEU San Pablo, en Madrid, en el Congreso Internacional «Hacia una renovación cristiana de Europa», en la sesión titulada «La agonía del cristianismo en Occidente». Título original: «Christianisme sans Chrétienté.» Traducción de Gabriel Insausti.

Es la primera vez en nuestra historia que el cristianismo se encuentra en situación de minoría. De ahí que el futuro próximo sea absolutamente nuevo. Es muy difícil saber qué será de esta institución milenaria, inmensa y venerable, que desde siempre ha ejercido su influencia y ha convivido de igual a igual con los poderes políticos. Me permito recordar que hasta la segunda mitad del siglo xx y desde el final del siglo iv era la Iglesia quien inspiraba y establecía las costumbres y las leyes sobre las costumbres, esto es, el comportamiento de las gentes.

Para empezar quisiera rechazar lo que considero como una construcción vagamente paranoica, muy extendida en nuestros días entre los católicos. Si leemos, por ejemplo, los libros de Rod Dreher, muy relevantes acerca de este tema, encontramos allí la idea de que vivimos un ‘totalitarismo blando’ o un ‘pre-totalitarismo’ (cito textualmente sus palabras). Apoyándose sobre todo en los magníficos escritos de Benedicto xvi, Dreher describe las sociedades occidentales contemporáneas como dictaduras que se dedican a destruir la esencia del hombre, en último término como expresiones del Anticristo. Hay en ese discurso, en mi opinión, un error profundo que puede impedir que

obtenemos una comprensión correcta de la época en la que entramos y que, por consiguiente, que no sepamos combatirla. El totalitarismo es un poder total y no es esa nuestra situación. Hemos perdido la posición preeminente por primera vez, y debido a que nuestros principios no son los que rigen la vida, ni siquiera muy influyentes, podemos tener la impresión de estar siendo aplastados. Nos es muy difícil admitir que en lugar de prescribir las leyes morales como lo hemos hecho siempre representamos en la actualidad un ínfimo porcentaje en los Comités Éticos, los cuales más bien suelen ignorarnos. Por otra parte, no hay que equivocarse con las actuales transformaciones. Rod Dreher comparte la actitud de muchos entre nosotros cuando escribe: «Por primera vez, la humanidad se ha entregado a la tarea de crear una civilización fundada sobre la negación de todo orden trascendente y coercitivo.»¹ Y esto es completamente falso. Al contrario, nosotros –los judeocristianos, quiero decir– somos los únicos seres humanos dotados de una civilización fundada sobre

¹ *Résister au mensonge: vivre en chrétiens dissidents*, París / Perpignan, Artège, 2021, p. 27. (Edición española: *Vivir sin mentiras: Manual para la disidencia cristiana*, Madrid, Encuentro, 2021. Edición original: *Live Not by Lies: A Manual for Christian Dissidents*, Sentinel, 2020.)

40 la trascendencia, y lo que sucede hoy supone más bien un regreso al orden de siempre: un orden que cabe llamar ‘pagano’. En otras palabras, creo que si queremos avanzar en una historia distinta necesitamos, para empezar, ser más realistas y más lúcidos en todos los aspectos.

2.

Se puede pensar que para un católico poner en duda la preeminencia de la Iglesia supone una herejía. La Iglesia es eterna y está escrito que las puertas del Infierno no prevalecerán contra ella (Mt 16:18). Eso no quita que quizá la Iglesia se vea reducida, en tal o cual momento de la Historia, a unos pocos peregrinos que recorren fatigosamente algún desierto. No está escrito que las puertas del Infierno no puedan prevalecer contra la institución poderosa y sólida que conocemos. De hecho, es muy posible que esa institución vuelva a ser, en términos de poder y de influencia, lo que fue en los tiempos de su expansión: una institución irrisoria y tambaleante, amenazada por todas partes.

Sin embargo, la cuestión se plantea en términos de misión. He aquí una religión que se considera no como un discurso

mítico (a diferencia de las demás) sino como una verdad, que asume la universalidad de la verdad (los judíos consideran su religión como una verdad, pero reservada a ellos solos: en su caso la universalidad está sujeta a reservas y a debates). El que cree en la verdad, el que asume la universalidad de la verdad, quiere convencer y extenderse. El cristianismo, ¿puede no ser conquista y manumisión? ¿No lleva la idea de misión, y de ahí el proselitismo, en la sangre? Esa es, a fin de cuentas, la cuestión de la verdad.

Durante mucho tiempo los cristianos han creído que sus principios eran universales, es decir, antropológicamente verdaderos y válidos para toda la humanidad, y que era responsabilidad suya revelar su contenido. Sin embargo, la situación ha cambiado hoy en dos sentidos.

De un lado, cabe poner en duda la universalidad antropológica de nuestros principios. Las certezas dogmáticas heredadas de santo Tomás se han visto reemplazadas por reflexiones fenomenológicas que los personalistas cristianos del siglo xx han suscrito en gran medida (Landsberg, Mounier). El momento postmoderno supone el triunfo del particularismo y del relativismo, nuestra época rechaza incluso la propia noción de verdad (una de las consecuencias de

la descristianización). Es una época que percibe varias vías para encontrar la espiritualidad y el bien (Péguy: «Que haya habido tantos pueblos y por tanto tantas almas en las que el cristianismo no ha prendido, a las que no ha alcanzado; tantos pueblos y tantas almas que han vivido abandonadas *y que no se hayan encontrado*, que no se encuentren *peor por ello*, amigo mío, ahí, exactamente ahí, desgraciadamente ahí radica el secreto, lo más profundo del misterio»²).

Del otro lado, incluso para los cristianos que creen en las verdades universales a las que tenemos por misión convertir a la humanidad, ya no es aceptable la idea de emplear la fuerza para esa tarea. En otras palabras, nadie acepta ya una conquista en nombre de la verdad. Me parece que este rechazo lo expuso por primera vez con talento la filósofa Simone Weil, en sus escritos sobre la fuerza. Lo que ella reclamó hace casi un siglo es hoy consenso general.

Resumamos, pues, la situación: nos hallamos ante una Iglesia que pierde poder, enfrentada a una sociedad que ya no

² Cf. *Oeuvres en prose complètes*, t. III, París, Gallimard, 1992, p. 703. [*Diálogo de la historia y el alma carnal*, trad. Sebastián Montiel, Granada, Nuevo Inicio, 2008, pp. 174-175.] (Los subrayados son del autor.)

cree en la verdad ni en el universalismo, y a la que a partir de ahora se le impide (por razones tanto de poder como de convicción) utilizar la fuerza para su misión.

43

Queda la figura del testigo.

3.

Creo, en efecto, que el rechazo de la fuerza no supone el rechazo del espíritu misionero. Se puede convertir por el ejemplo en lugar de hacerlo por la conquista: ese me parece incluso un modo mejor, y de lejos (sin duda porque soy profundamente ‘moderna’, y en cualquier caso adepta de Simone Weil).

Por supuesto, la cristiandad se desarrolló mediante sucesivas conquistas, políticas y religiosas. Los reinos cristianos de Europa se fundaron en sus inicios mediante la fuerza. Y, sin embargo, es probable que hoy debamos utilizar otros métodos.

La diferencia entre la conversión por testimonio y la conversión por conquista es esta: en la conversión por testimonio hacen falta tanto virtud como paciencia. Virtud porque el testigo ha de hacer lo que predica, paciencia porque hay

que esperar que tenga lugar la conversión voluntaria. Nadie duda que los monjes de Tibhirine (o quienes los sustituyan) tardarán quizá milenios en convertir a los argelinos, cuando los reinos cristianos de antaño no habrían necesitado más que unos pocos decenios. Considero, aunque tal vez algunos no estén de acuerdo, que obligar a una sociedad a adoptar determinadas leyes civiles cuando no cree en los principios que les subyacen (por ejemplo, prohibir la interrupción voluntaria del embarazo a una sociedad que ya no cree en la dignidad del embrión) equivale a adoptar el método del conquistador, el método de la fuerza. Es inútil e inmoral porque aquí los medios empleados desnaturalizan el fin. Sería mejor tomarse un tiempo. Al fin y al cabo, ¿no tenemos ante nosotros nada menos que la eternidad?

Un testigo es alguien que no se contenta con decir sino que hace lo que dice, no se contenta con hacer sino que es lo que hace.

La conversión mediante testimonio supone dar tiempo al tiempo. Supone también poner en primer lugar a la virtud. ¿Se puede ser testigo en el escándalo?

Si hablo de escándalos homosexuales en el Vaticano, se me dirá con razón que la Iglesia ha conocido otros antes... Pero en la época de los Borgia la Iglesia era todopoderosa y las naciones creían: los escándalos del Vaticano quedaban reparados por la santidad de las órdenes y la fe de los creyentes, se esperaba a que la ola de corrupción pasase. En los tiempos de los Borgia, la sociedad cristiana en su conjunto protegía a la Iglesia institucional y le permitía atravesar periodos de corrupción. En cambio, hoy sucede al contrario: toca a la Iglesia proteger a la sociedad, una sociedad tan relativista, tan poco creyente y tan inclinada por otra parte a subrayar los vicios de la Iglesia para arrojarlos de nuevo contra ella... La situación no es la misma en absoluto: ya no nos podemos permitir el comportamiento de los Borgia.

Es probable que los católicos vayan a vivir tiempos tenebrosos, tiempos tanto más trágicos cuanto que el catolicismo ha gozado de una duradera costumbre de influir y predominar. Son los protestantes cada vez más quienes predominan en nuestra época, sobre todo a través de los evangélicos, y quienes se corresponden mejor que los católicos con el espíritu de esta época: individualismo, opción por una Iglesia semejante a la opción por tal o cual consumo, recomposición personal de los principios aceptados, etc.

46 Jerarquías, autoridad y, sobre todo, autoridad masculina: la Iglesia católica se encuentra de hoy en adelante en un lugar de oposición a la época. Los modos de ser de la Iglesia-institución son los de los periodos antiguos: la autoridad como forma de dominación, el secreto, la arbitrariedad del poder. Una institución tan contraria a los tiempos, una institución que concede a las mujeres un espacio tan reducido, ¿puede desarrollarse y subsistir si no es bajo un estado de asedio espiritual?

El hecho de que la mayor parte de las vocaciones proceda de la corriente tradicionalista es un sano regreso a los fundamentos entre las miasmas de las complicidades con el marxismo de la segunda mitad del siglo xx, pero al mismo tiempo supone un alejamiento aún mayor respecto de los contemporáneos.

De aquí surge la pregunta, que dejo abierta, y que puede suscitar la angustia de algunos o de muchos entre los católicos: el catolicismo ¿está llamado a disolverse en el largo plazo en algunas formas de protestantismo, siempre adaptables al mundo tal y como es?

Termino con una nota más optimista. El testigo se establece y se desarrolla en eso que primero Vaclav Benda y luego Rod Dreher han llamado ‘la polis paralela’. En nuestra situación, nueva e incluso trágicamente nueva, hay maneras de ser específicas que nos permitirán tanto sobrevivir como dar testimonio.

Rod Dreher, fiel a su comparación con el comunismo, se apoya en Vaclav Benda, un católico checo que durante el periodo comunista logró suscitar un despliegue de redes católicas que ocuparon el espacio de la sociedad civil. Benda lo llama la ‘polis paralela’. Toma como modelo la acción católica polaca, sobre todo el KOR (Comité de Autodefensa Social), extraordinario movimiento de solidaridad discreta que extendía sus ramificaciones por todo el país y que finalmente dio lugar a Solidarność, y por consiguiente al fin del régimen. Según Benda, y los polacos hicieron el mismo análisis, cuando los mecanismos de la sociedad civil son ocupados por un gran número de comunidades cristianas, el poder no tiene otra opción que aplastarlo todo o hundirse.

No obstante, la sociedad comunista no es en absoluto semejante a la nuestra: descansaba, sobre todo en su segunda fase, en la pura voluntad del poder. En cambio, en nuestra

48 sociedad postmoderna de hoy la *doxa* impulsada por las leyes descansa sobre convicciones libertarias: para darle la vuelta primero habría que convertir a la gente, y eso ya es otra historia. Por mostrar un ejemplo significativo: incluso aunque los católicos metan la mano en todas las asociaciones y agrupaciones cívicas, no lograrán que la interrupción voluntaria del embarazo sea ilegal porque para eso haría falta convertir a toda la población a la creencia en la dignidad del embrión.

Llegamos a la última cuestión, a mi juicio. El testimonio y la polis paralela nos encaminan por una vía que es la de la fortaleza (asediada). ¿Es sana esa situación? ¿Es sostenible? ¿Es deseable? ¿Tenemos otras posibles respuestas? Dado que me acechan los signos de interrogación, os cedo la palabra.

La agonía de la Cristiandad*

Dalmacio NEGRO PAVÓN

1.

EL sociólogo de la religión Peter Berger decía del siglo xx que era el más religioso de toda la historia y el filósofo político John Gray ha escrito no hace mucho, que «la política de la Edad Contemporánea constituye otro capítulo más de la historia de la religión».¹

49

Esto remite a la lucha eterna entre eones de que hablaban Carl Schmitt, Nimio de Anquín o René Girard desde el punto de vista de la teología de la historia: la lucha sin tregua entre el eón pagano y el cristiano, entre el *Logos* amoroso de San Juan y el *logos* polémico pagano, que simbolizaba Gi-

* Texto leído el 3 de marzo de 2022 en el Aula Magna de la Universidad CEU San Pablo, en Madrid, en el Congreso Internacional «Hacia una renovación cristiana de Europa», en la sesión titulada «La agonía del cristianismo en Occidente».

¹ *Misa negra. La religión apocalíptica y la muerte de la utopía*, Barcelona, Paidós, 2008.

50 rard con el de Heráclito.² Esa lucha explica la eterna agonía del cristianismo, no necesariamente su muerte, como se profetiza hace tiempo y parecen desear muchos enfermos de ideología. Sobre todo, si son políticos progresistas.

Agonía es una palabra griega, *αγῶνία*. En una de sus acepciones significa, según la Real Academia de la Lengua Española, angustia o congoja provocada por conflictos espirituales; en otra, lucha, contienda. Acepción esta última de la que se envanecía Miguel de Unamuno, en su prólogo a la traducción española (1930) de *La agonía del cristianismo* (publicado en francés en 1925), haber contribuido a restablecer. «El cristianismo, el verdadero cristianismo, agoniza en manos de esos maestros del siglo [...]. Europa está condenada, y quien dice Europa, dice la cristiandad», escribía Unamuno. «Al cristianismo, le han pasado muchas cosas y le van a pasar todavía muchas más», repetía en *Sobre el cristianismo* Julián Marías, quien no llegó a ver que es hoy políticamente incorrecto.

² *Des choses cachées depuis la fondation du monde*, París, Grasset, 1978. Sobre Girard, Á. Barahona Plaza, *René Girard: de la ciencia a la fe*, Madrid, Encuentro, 2014; D. González Hernández, *René Girard, maestro cristiano de la sospecha*, Salamanca, Fundación Emmanuel Mounier, 2016.

Las dos acepciones de ‘agonía’ reflejan la situación actual del cristianismo y su forma espacial, la Cristiandad, de lucha espiritual, cultural y, cada vez más, política, entre la fe cristiana y otras religiones como la budista, que está teniendo bastante éxito por su pacifismo, o el islam, una herejía del judeocristianismo, decía Hilaire Belloc en *Las grandes herejías*. Asimismo, las llamadas genéricamente seculares por Jules Monnerot y Raymond Aron. Grupo que incluye las ideologías, producto del utopismo, que fungen como religiones para sus partidarios, incautos y enfermos mentales. Es evidente en el caso del socialismo en sus distintas versiones, cuyo éxito se debe a su carácter religioso.

2.

La Cristiandad, una de las claves para entender qué está pasando, es un concepto que conviene aclarar. Pues lo que agoniza es justamente la Cristiandad a manos de las religiones seculares, sobre todo las utopías ideológicas –muy distintas de las literarias–, a lo que contribuye el hecho de la ‘globalización’, una palabra absurda para designar el hecho de la unificación política del mundo en una sola constelación política, que mezcla las culturas y las civilizaciones. María Pilar (un pseudónimo) reconoce recientemente en

52 un interesante libro centrado en el impacto del Islam en Europa, que la Cristiandad europea está en retroceso y sigue su curso sin que nada lo detenga.³

Es una buena razón para recuperar el concepto Cristiandad en el sentido –con palabras del arzobispo norteamericano Fulton Sheen en 1947– de una forma de vida «económica, política y social inspirada en principios cristianos». Sheen se anticipaba a la crisis, que veía venir, de la fe cristiana, en Estados Unidos a consecuencia de «la ruptura de la familia, el divorcio, el aborto, la inmoralidad, la deshonestidad general».⁴ Y los hechos han confirmado el pronóstico del famoso arzobispo. El actual estado religioso, moral y político de la Unión –Raymond Aron dudaba que fuese una Nación y la división de la sociedad norteamericana en este momento parece confirmarlo–, que exporta, incluso belicosamente –con Bush, Obama, Biden, representantes del *deep State*– su concepción laicista puritana de la democracia de tendencia totalitaria a todo el mundo. Lo que habría dejado estupefactos a Hegel, Donoso Cortés,

³ *Das europäische Christentum auf dem Rückzug. Die Katastrophe nimmt ihren Lauf*, Bad Schussenried, Gerhard Hess, 2022.

⁴ Leído el 13.07.2019, en *Infovaticana.com*. En el mismo sentido, Thomas Storck, *From Christendom to Americanism and Beyond: The Long, Jagged Trail to a Postmodern Void*, Nueva York, Angelico, 2015.

Tocqueville y muchos más. Gangrenada por las bio-ideologías, especialmente las *trans* y *woke*, no está empero todo decidido y podría revertirse la situación.

El teólogo luterano Dietrich Bonhoeffer, asesinado por los nazis, decía, que «la unidad de Occidente, no es una idea, sino una realidad histórica cuyo único fundamento es Cristo, el único pilar fiable de nuestros valores, instituciones y modos de vida». Y Étienne Gilson echaba de menos una teología de la Cristiandad, palabra que designa el nuevo Israel, el Pueblo de Dios, concepto recuperado por el Vaticano II: la comunidad –dice el historiador Luis Suárez– de los bautizados obedientes a Roma, pues el bautismo concedía la ciudadanía en la Europa cristiana.⁵ En la edad de la fe, en la que adquirió el rango de Continente esta península de Asia, era ciudadano el bautizado en las distintas naciones, corrobora Hilaire

⁵ *La construcción de la Cristiandad Europea*, Madrid, Homo Legens, 2009. Cf. L. Milis, *La chrétienté des origines à la fin du moyen-âge*, París, Belin, 1998; B. Merdrignac, *Le fait religieux: une approche de la chrétienté médiévale*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes, 2009. M. Greengrass, *La destrucción de la Cristiandad. Europa 1517-1646*, Barcelona, Pasado y Presente, 2018. Sobre la crisis actual de la Cristiandad, J.-P. Denis, *Un catholique s'est échappé*, París, Cerf, 2019. Sobre el concepto, J. Ratzinger, *Introducción al cristianismo*, Salamanca, Sígueme, 2001.

54 Belloc. Juan VIII, uno de los grandes Papas (nacido ca.820, papa de 872 a 882), parece haber sido el primero que utilizó la palabra *christianitas* en el siglo IX, para designar el carácter comunitario del cristianismo y formar un frente común contra los enemigos de la fe, principalmente el Islam en aquel momento. Luego se denominó políticamente la *res publica christiana*,⁶ la forma del orden político que buscaba realizar el bien común, y, culturalmente, la *universitas christiana*. Tal es, someramente, el origen de la Cristiandad.

3.

La Cristiandad es un concepto histórico, geográfico, cultural y políticamente universalista, pues no se circunscribe a Europa: al designar el pueblo de Dios, abarca mucho más que Occidente, un concepto espacial convencional, que se usa, algo equívocamente, para designar más o menos lo mismo. Occidente empezó a utilizarse después de la circunnavegación del mundo, para distinguir geográficamente Europa, la civilización que empezaba entonces a ser dominante universalmente, del resto del mundo. Adquirió la connotación polí-

⁶ P. Bellini, *Respublica sub Deo. Il primato del Sacro nella esperienza giuridica dell'Europa preumanistica*, Florencia, Le Monnier, 1994 (13.^a ed.).

tica actual tras la institución de nuevos poderes ultramarinos de origen europeo. El teólogo norteamericano William T. Cavanaugh considera con razón más exacta la palabra Cristiandad, porque el término geográfico Occidente es además conceptualmente modernizador. Y excluye en cierto modo a la Cristiandad oriental europea, los países eslavos, así como a Australia, Nueva Zelanda, Filipinas y otros lugares no occidentales donde tiene arraigo mayoritario el cristianismo.

La Cristiandad está, empero, presente hoy en toda la tierra. Curiosamente cuando se diluye no sólo en Europa, su lugar de origen, sino en los países anglosajones –Norteamérica, Canadá, Australia, Nueva Zelanda– y algo menos en otros pagos, donde es rechazada, combatida, corrompida o pervertida por casi todos los gobiernos, sin que la Iglesia católica y las protestantes sepan qué hacer para contener el desmoronamiento de la fe cristiana. Quizá porque, entretenidas con el mito de la justicia social⁷ y contagiadas del humanitarismo

⁷ Sobre la justicia social, F. A. von Hayek, *Derecho, Legislación y libertad*, vol. II, *El espejismo de la justicia social*, Madrid, Unión Editorial 1978-1982; J. Marías, *La justicia social y otras justicias*, Madrid, Seminarios y Ediciones, 1994; J.-P. Dupuy, *El sacrificio y la envidia. El liberalismo frente a la justicia social*, Barcelona, Gedisa, 1998; Benedicto XVI, *Jesús de Nazaret*, Madrid, Encuentro, 2011, 4.1, pp. 104-105. Vid. lo que sigue. La justicia social es como un

56 sentimental y el éxito de la tecnociencia, han dejado de considerar su *missio* ser un contramundo en el mundo, un *katechon* según la tradición. Sobre la católica, decía Vittorio Messori en 2004: «El anticatolicismo ha sustituido al antisemitismo»; y sobre la crisis interna de la Iglesia, basta remitirse aquí a los medios de comunicación. Entre las confesiones protestantes conserva cierto vigor en Estados Unidos la evangélica, que está sustituyendo al catolicismo hispanoamericano minado por el mito de la justicia social de la demagógica teología de la liberación influida por el marxismo, con su opción preferencial por los pobres –como si el cristianismo excluyese a los que no lo son–, la utilización ideológica de la ciencia degenerada en cientificismo para justificar el mito de la lucha de clases, etc.⁸ La ortodoxa parece la más firme. Quizá

pozo sin fondo. Al destruir la idea natural de lo justo y lo injusto, justifica por ejemplo el aborto que, según Amnistía Internacional, es un «imperativo de la justicia social, de justicia reproductiva, y de derechos humanos». Los derechos humanos –siempre más y más derechos observados siempre rigurosamente, dice Pierre Manent en una entrevista en *Il Foglio*– inventados por Pufendorf (1632-1694) como derechos de la cultura (vid. H. Welzel, *Introducción a la filosofía del Derecho*, Madrid, Aguilar, 1971), son otra ideología que destruye el Derecho. Cf. G. Robles, *Los derechos humanos y la ética en la sociedad actual*, Madrid, Civitas, 2016; G. Puppink, *Mi deseo es la ley. Los derechos del hombre sin naturaleza*, pról. de J. Mayor Oreja, Madrid, Encuentro, 2020.

⁸ La URSS apoyó esa teología y al Foro de São Paulo, origen del ‘socialismo del siglo XXI’, que sobrevivió a la implosión del Imperio Soviético. La CIA

porque ha padecido al bolchevismo, mientras las otras han convivido y conviven con variantes más moderadas –por lo menos en las formas– de la fe socialista.

57

Que tengan tanto éxito las estupideces de la bio-ideología *woke* y la siniestra *trans*, sólo se explica por la debilidad del cristianismo. Como decía René Girard, coincidiendo con Gray y muchos más, «la humanidad es hija de lo religioso» y «lo religioso es la madre de todo». En el caso de la Cristiandad, debilitada, decadente o desaparecida la fe tradicional en sus versiones católica, ortodoxa o protestante, prosperan las ‘trascendencias desviadas’ (Girard), religiones sustitutorias, generalmente gnosticismos como las ideologías, y supersticiones.

4.

La palabra Cristiandad había comenzado a caer en desuso y a ser sustituida, primero por Europa en el siglo xv, luego por Occidente. Justamente, cuando la historia de Europa, decía el gran historiador belga Henri Pirenne, empezó a

norteamericana apoyó, lógicamente, la expansión y asentamiento de las iglesias evangélicas, que no hablaban de la justicia social, sino de Dios y la salvación eterna.

58 dejar de ser en el siglo xvi la historia de la Iglesia y comenzó a ser la historia del Estado. La innovadora forma política que habían ido construyendo inconscientemente las monarquías a partir, aproximadamente, del siglo xiii, en el contexto de la lucha de las Investiduras, en la que pugnaban las Monarquías con el Sacro Imperio por obtener el derecho a legislar, reservado al papa para ordenar la Cristiandad y al Imperio para hacer frente a los enemigos del orbe cristiano.

La estatalidad, la única forma política artificial, devino la forma política exclusivamente europea, pues, ni antes en Europa ni en ninguna otra parte del mundo habían existido órdenes políticos cerrados como el Estado. Ni siquiera en las ciudades griegas, aunque se consideran un precedente de la estatalidad. Hobbes, que sigue siendo el gran teórico del Estado, tenía presente la Pólis griega; Paul Joachimsen, a quien seguía el historiador suizo Werner Naeff, sostenía que es una imitación de la Pólis como un ser vivo; el Estado era para Álvaro d'Ors la revancha de Atenas contra Roma,⁹ idea compartida por Carl Schmitt, etc. Es importante subrayar esto, porque la situación histórica política actual

⁹ Á. d'Ors, *Ensayos de teoría política*, Pamplona, Eunsu, 1979. iii.

de la Cristiandad, que puede considerarse ciertamente lamentable desde el punto de vista religioso, y, en consecuencia, desde el punto de vista cultural, se debe, por lo menos en gran medida, al Estado, un aparato técnico, un artificio, una máquina, decía Schmitt,¹⁰ que –señala Cavanaugh en *Migraciones de lo sagrado*,¹¹ coincidiendo por cierto con Girard– acabó siendo idolizada junto con el Mercado.

5.

La estructura estatal se consolidó en el siglo xvi en el marco de las guerras civiles provocadas por la Reforma protestante. «La Cristiandad –decía Novalis, el gran poeta romántico– concluyó con la Reforma [...]. La política moderna no nació hasta ese momento.» La nueva política era la del Estado Soberano que se arrogó la soberanía mediante la *translatio* a esta forma de orden territorial cerrado de la *summa potestas papalis*: la potestad suprema del papa en

¹⁰ «El Estado como mecanismo en Hobbes y en Descartes», *Razón española*, n.º 131 (2005).

¹¹ Subtitulado *Dios, Estado y el significado político de la Iglesia*, Granada, Nuevo Inicio, 2021.

60 el orbe cristiano.¹² La Cristiandad, Europa, era un espacio abierto. Ahora van a instituirse las fronteras, un concepto típicamente estatal, que excluía la *summa potestas papalis*: la *auctoritas* de la Iglesia como custodia de la Verdad, que es lo mismo, detalle importante, que la Realidad. En el aspecto que interesa aquí, las reglas fundamentales del orden creado por Dios de *potentia ordinata*, el *ius naturae*, conocido y descubierto a través de las costumbres, empezó a ser sustituido por derecho legislado por los monarcas, el derecho público que acabó dando primacía al derecho positivo, puesto por el legislador humano, sobre el Derecho Natural.¹³ Con la particularidad de que, al atribuirse posteriormente los monarcas por derecho de sangre –es decir, las dinastías– el de gobernar por deseo divino –el derecho divino de los reyes–, se unió a la soberanía de *potentia ordinata* la soberanía de *potentia absoluta Dei*, instituyéndose los príncipes como representantes de Dios en la tierra. De momento sólo en los asuntos temporales.

¹² Vid. C. Schmitt, *La teología política: cuatro capítulos sobre la teoría de la soberanía* (1922, varias ediciones en español); y N. Ramiro Rico, «La soberanía», en *El animal ladino y otros estudios políticos*, Madrid, Alianza, 1980.

¹³ La obra de Hobbes, origen formal del derecho político, el germen del derecho público, *Elementos de Derecho Natural y Político* (Madrid, Alianza, 2005), empezó a circular en secreto en 1640.

El cardenal inglés Reginald Pole fue de los pocos que comprendieron las implicaciones de la estatalidad leyendo *El príncipe* de Maquiavelo: «este libro que fue escrito por un enemigo de la raza humana [...] explica todos los medios por los cuales la religión, la justicia y la inclinación a la virtud pueden ser destruidos».¹⁴ A la verdad, *lo Stato* maquiavélico no era en absoluto *l'état* soberano de Bodino y menos aún el Gran Artificio o *deus mortalís* de Hobbes. Pero el cardenal, pensando quizá en la lucha entre las dos ciudades de san Agustín, vio en *lo stato* una figura de la Ciudad terrena poseída por Satanás. Políticamente, no ha sido totalmente negativo. Potenció, por ejemplo, las clases medias, sin las que no hay democracia, la forma del gobierno que comenzó a abrirse camino con la igualación espiritual por el cristianismo de las mujeres y los esclavos a los ciudadanos del Imperio Romano.

Escribe Ronald Stark en *El auge del cristianismo*: «el Cristianismo era especialmente atractivo para las mujeres

¹⁴ Vid. el comentario sobre Pole de Heinrich Lutz en *Ragione di Stato und christliche Staatsethik im 16. Jahrhundert*, 2ª ed., Munster, Aschendorf, 1976. II, 3.

62 paganas». ¹⁵ Como consideraba iguales a las mujeres y los hombres, y con el mismo destino sobrenatural en tanto hijos de Dios, «las mujeres disfrutaban dentro de la subcultura cristiana de un estatus más alto que el que tenían en general en el mundo grecorromano». Sujetas a los hombres, el reconocimiento de la igualdad de derechos y dignidad –el matrimonio cristiano es inválido si no se contrae con el consentimiento libre de ambos cónyuges– mejoró su estatus de servidumbre.

El Estado está destruyendo ahora las clases medias, e imponiendo la dictadura de la bio-ideología de género, la homosexual, etc., derivaciones de la religión socialista socialdemócrata, destruye la familia al desposeer a las mujeres de su autoridad, a cambio de darles poder político –la *auctoritas*, que se refiere a la verdad, es superior a la *potestas*– y pervirtiendo la democracia. Al ser una máquina, depende de las oligarquías que lo controlen.

¹⁵ Barcelona, Andrés Bello, 2001. También, del mismo, *La expansión del cristianismo. Un estudio sociológico*, Madrid, Trotta, 2009; *Falso testimonio. Denuncia de siglos de historia anticatólica*, pról. F. García de Cortázar, Mallao (Cantabria), Sal Terrae, 2017. Stark decía sobre estos libros: «Yo no soy católico romano y no he escrito este libro en defensa de la Iglesia. Lo he escrito en defensa de la historia.»

Dice Pierre Manent en un párrafo de gran claridad sintetizadora: «el desenvolvimiento político de Europa es solamente comprensible como la historia de las respuestas a los problemas planteados por la Iglesia –una forma de asociación humana de un género completamente nuevo, subraya el escritor francés– al plantear a su vez cada respuesta institucional problemas inéditos, que reclaman la invención de nuevas respuestas. La clave del desenvolvimiento europeo es el problema teológico-político.»¹⁶ Párrafo que podría completarse con una cita del gran teólogo Hans Urs von Balthasar: como la Iglesia es un contramundo en el mundo, «su historia en el pasado, presente y futuro ha sido y seguirá siendo, casi inevitablemente, trágica».¹⁷ Es decir, la Iglesia estará siempre en conflicto con el mundo. Pero los conflictos más graves son los políticos. Aparte de los suscitados por la Reforma, fueron jurisdiccionales hasta la revolución francesa. Empezaron a ser también existenciales

¹⁶ *Histoire intellectuelle du libéralisme*, París, Calmann-Lévy, 1987, pp. 19-20 (Avant-propos). Sobre el ‘problema’ de la teología política, D. Castellano, *Saggi di filosofia della politica. Temi e problemi della secolarizzazione occidentale*, Nápoles, Edizione Scientifiche Italiane, 2021. II, ‘Sulla teologia politica’.

¹⁷ *Teodramática* 4. 4. La acción, Madrid, Encuentro, 1995, IV, C, 1, p. 427.

64 al declararle su enemistad la Nación-Estado laicista de los jacobinos, que proclamaron 1789 el Año Cero de la nueva historia del hombre emancipado del pasado, incluida la religión y, obviamente, la Iglesia.¹⁸

Desde el punto de vista de la Cristiandad, constituyó un gran problema –y sigue siéndolo– que la Iglesia no entendiese la naturaleza del Estado, su gran rival: al garantizar la salvación terrena si se siguen sus preceptos, comenzó a atraer hacia sí la obediencia debida a Iglesia custodiosa de la Verdad. Es la causa de la secularización, que sería más exacto denominar politización. Los mismos antimaquiavélicos hostiles a la *ratio status*, la idea rectora de la potencia de la máquina estatal, no comprendieron que el enemigo era el Estado, el Gran Artificio, una nueva Torre de Babel construida ahora científicamente. Quizá porque era monárquico, lo confundían con los Gobiernos medievales y

¹⁸ El laicismo como la distinción entre lo sagrado y lo profano (*pro fanus*, lo que está alrededor o en el entorno del templo) es connatural al cristianismo: «Dad a Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César.» El laicismo radical, implantado por los jacobinos, implica la sacralización e idolización del *deus mortalis* de Hobbes, como si fuese inmortal. La *political correctness* impone la moral del Estado-dios. Es decir, la de las oligarquías sacerdotales dueñas del aparato estatal.

modernos que aceptaban la *auctoritas* de la Iglesia, aunque disputasen con ella por asuntos temporales.¹⁹ 65

El cardenal Belarmino resolvió la cuestión de la relación entre la Iglesia y el artificio estatal, con la fórmula de la *potestas* indirecta de la Iglesia sobre el Estado. Una mala solución, decía Schmitt, al problema de la autoridad, que no es lo mismo que la potestad.²⁰ De hecho, la ley rectora de la civilización europea o la Cristiandad, es –o era– la dialéctica entre la *auctoritas* de la Iglesia y la *potestas* del poder o los poderes políticos, modernamente estatales.

8.

Julien Freund cayó en la cuenta de que el Estado introdujo la mentalidad artificialista en la cultura europea,²¹ que tendió

¹⁹ Sobre la *auctoritas*, J. Fueyo, «La idea de ‘auctoritas’: génesis y desarrollo», en *Estudios de teoría política*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1968. Vid. R. Domingo, *Auctoritas*, Barcelona, Ariel, 1999.

²⁰ «No hay una *potestas* indirecta. La Iglesia tiene *auctoritas* y ciertamente directa. La fórmula de la *potestas* indirecta es una evasión del auténtico problema de la *auctoritas* y una mala evasión.» C. Schmitt & Á. d’Ors, *Briefwechsel* (ed. M. Herrero), Berlín, Duncker & Humblot, 2004. Carta 32, p. 146.

²¹ Vid. *La aventura de lo Político. Conversaciones con Charles Blanchet*, Madrid, Encuentro, 2019. La artificialidad fue una de las preocupaciones de la

66 a ser cuantitativa.²² Peter Sloterdijk recuerda que el primer artificialismo es el del Génesis: el orden de la Creación. El *deus mortalis* de Hobbes, un artefacto o máquina construido imitando a la Iglesia, es también creador, es decir, revolucionario. Su última figura, el Estado Totalitario, es su antítesis. En cierto modo, la inversión de la Iglesia, que es también totalitaria. Pero en un sentido muy distinto: el cristiano somete enteramente su fuero interno al orden eclesiástico para conseguir la salvación eterna. Pero libremente, en el plano espiritual: *de internis neque Ecclesia*. El mismo pecado, concepto que se encuentra de una forma u otra en todas las culturas, prueba que la libertad es connatural al ser humano. La diferencia es que en la cristiana impera la libertad, pues el cristianismo es la religión de la libertad: *Veritas liberabit vos*, la Verdad os hará libres (Juan 8,31-42); «Ahora bien, el Señor es el Espíritu; y donde está el Espíritu del Señor, hay libertad» (Pablo 2 Corintios 3,17); «Para libertad fue que Cristo nos hizo libres. Por tanto, permanezcan firmes, y no se sometan otra vez al yugo de esclavitud» (Pablo Gálatas 5,1);

Ilustración. Rousseau, por ejemplo, consideró necesario «desentrañar lo que es 'originario y artificial en la naturaleza presente' del hombre» en el *Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres* (1754).

²² Vid. R. Guénon, *El reino de la cantidad y los signos de los tiempos* (varias ediciones).

«Así hablen ustedes y así procedan, como los que han de ser juzgados por la ley de la libertad» (Santiago 2,12); etc.

El Estado coarta necesariamente la libertad al monopolizar por definición la libertad política para garantizar la salvación en este mundo, y somete coactivamente –monopoliza la violencia, decía Max Weber– al súbdito a su Legislación, concepto distinto al de Derecho. Siguiendo con el paralelismo, el delito expresa en cierta manera, igual que el pecado, la libertad. Y así como el bautismo concedía la ciudadanía espiritual, la ciudadanía depende de las leyes igual que la libertad política. La revolución francesa, una contrarrevolución contra la revolución cristiana, consumó la desviación de la tradición política europea que comenzó, observa también Manent, con la Monarquía Absoluta armada con el Estado. Legitimada por el mito del derecho divino de los reyes, imitando a los países protestantes en los que la Iglesia dependía del Estado y no discutido seriamente por la Iglesia Romana, satisfecha con la ‘alianza del Trono y el Altar’; el Altar, después del Trono, acabó perdiendo la autoridad.²³

²³ En realidad, fue discutido por bastantes teólogos católicos, especialmente los jesuitas. Y no se aceptó, por ejemplo, en España, hasta que los Borbones introdujeron la concepción estatal francesa, una causa principal, por cierto, de la

La Revolución francesa derrocó la Monarquía, trasladó la titularidad de la soberanía a la Nación y la Nación-Estado heredó el derecho divino de los reyes. La fe en la Virgen se convirtió, decía Bertrand de Jouvenel, en la fe en esa nueva forma de lo Político sacralizando el Estado. De ahí, a la larga, el Estado Totalitario, que prescinde de la Nación sometiendo directamente al pueblo. Prefigurado en la idea estatal de los jacobinos, lo estrenó la revolución soviética, continuación de la francesa. «La mitad de la revolución mundial ya se ha llevado a cabo; la otra mitad queda por realizar», había dicho Robespierre. Su gran admirador Lenin se impuso la obligación de realizar la mitad que faltaba.

El Estado Totalitario es el Estado al que ha migrado lo sagrado. Es una forma de lo Político que se entremete también en el fuero interno: «la destrucción de la conciencia –escribe el cardenal Josef Ratzinger, hoy Benedicto XVI– es el verdadero presupuesto de una sujeción y de un dominio totalitario». «Donde vive la conciencia –prosigue Ratzinger– se le pone

independencia de las provincias, no colonias, extrapeninsulares. El derecho divino de los reyes lo introdujo formalmente Carlos III, que expulsó a los jesuitas.

una barrera a la dominación del hombre por el hombre y a la arbitrariedad humana, porque algo sagrado permanece inatacable, sustrayéndose a cualquier capricho o despotismo propio o ajeno. Lo absoluto de la conciencia se opone a lo absoluto de la tiranía, y sólo el reconocimiento de su inviolabilidad protege al hombre de los demás y de sí mismo, su acatamiento es la única garantía de libertad.»²⁴ Los gobiernos totalitarios pseudoliberales intentan hoy subvertir o destruir la conciencia, en nombre de la democracia –lo que falsifica y destruye también la democracia– con métodos más sutiles que los bolcheviques y nacionalsocialistas.

10.

Hay dos tipos básicos de Estados Totalitarios. Los más antiguos se fundamentan en la violencia: la URSS y su imitador, el Estado Nacionalsocialista, que han desaparecido, China, Corea del Norte, Cuba... De hecho, se conforman, por lo general, con la obediencia y sumisión externa, esperando que el con-

²⁴ *Iglesia, ecumenismo y política. Nuevos ensayos de eclesiología*, Madrid, BAC, 1987, 3ª, III, «La conciencia en el tiempo», p. 183. A la verdad, como sólo el Dios cristiano conoce la conciencia, lo único que puede hacer el poder político es confundirla y corromperla. Es una de las funciones del modo de pensamiento ideológico.

70 trol de la libertad de expresión sustituida por la propaganda, la educación, la presión política, etc., conviertan a los escépticos. Los Estados Totalitarios más modernos son humanitaristas, como siguiendo el *dictum* de Gunnar Myrdal, la función del gobierno consiste en proteger a las personas de sí mismas.²⁵ Robert Spaemann los bautizó ‘Totalitarios Liberales’ poco antes de morir. ‘Totalitarios blandos’ o ‘suaves’, dice Rod Dreher.

Estos Estados pseudoliberales van mucho más lejos que los hobbesianos, a fin de cuentas, Estados ‘Mínimos’. Son más totalitarios, en el sentido que ha tomado esta palabra –inventada por el comunista Giorgio Amendola contra el Estado Fascista italiano–, que los violentos. No les interesa tanto la sumisión externa como la interna, modificar la conducta mediante la Legislación detallista que condiciona los deseos y las actitudes, corrompiendo el lenguaje, neutralizando la libertad de expresión con la propaganda, la educación, el control directo o indirecto de los medios de comunicación, neutralizando a los jueces, la última garantía de las libertades, con la Legislación positivista detallista, regulando todo con infinidad de reglas, etc. Y al revés, liberando los deseos que

²⁵ Cit. por T. Judt, *Algo va mal*, Madrid, Taurus, 2011. 2, p. 80. Cf. E. Verhaeghe, *Ne t'aide pas et l'État t'aidera*, París, du Rocher, 2016.

entretienen a las masas, principalmente los sexuales, como es típico de las tiranías. Lo observó Étienne de la Boétie en 1572, cuando se estaba afirmando el Estado Soberano, en el librito titulado *La servidumbre voluntaria* o *El contra uno*.²⁶

Su nihilismo es más radical que el de los totalitarios ‘clásicos’. Garantizan, entre otras cosas, las consecuencias de su democracia sexual legalizando, protegiendo y fomentando el aborto, como si fuesen los niños el ‘chivo expiatorio’ de Girard, cuyo asesinato tranquiliza a la sociedad. La aceptación social del aborto –la especie humana animalizada y contra sí misma–, que asombraba a Julián Marías, es un giro fundamental en la marcha de la historia: asienta la cultura de la muerte entrevista por Nietzsche: *Gott ist Tot! Gott bleibt tot! Und wir haben ihn getötet!*²⁷

Los media –«*the priesthood of the ruling class*», el sacerdocio de las clases dirigentes (Z. Janowski)– llegan hoy a todas partes y todo el mundo sabe qué está ocurriendo.

²⁶ *La servidumbre voluntaria*, Madrid, Trotta / Liberty Fund, 2008.

²⁷ «¡Dios ha muerto! ¡Dios Sigue muerto! ¡Y nosotros lo hemos matado!» Sobre este famoso *dictum*, cf. H. de Lubac, *El drama del humanismo ateo* (1967), Madrid, Encuentro, 1990, 1.^a, I, III, pp. 33 y ss.

El utopismo político es un producto del peculiar racionalismo europeo de la cultura cristiana. El equivalente en otras culturas –pero sólo equivalente– son los mitos, que «invienten sistemáticamente la verdad».²⁸ Las religiones pueden ser míticas, pero no utópicas. Menos que ninguna la cristiana, determinada por el sacrificio histórico de Cristo en la cruz –la Cruz es la forma de la historia, decía Schmitt–, como último *bouc émissaire* o chivo expiatorio, la tesis central de René Girard. Conviene, pues, precisar, de acuerdo con Cavanaugh, que el cristianismo no es propiamente una religión, palabra que significa *adhesión*, sino la fe en Jesucristo hijo único de Dios. En la Edad Media no se hablaba de la religión, sino de la Ley de Cristo, la Ley de Moisés, o la Ley de Mahoma.

Lo curioso, que sólo cabe mencionar aquí rápidamente, es que las ideas rectoras que fundamentan y dirigen el utopismo modernizador implícito en las ideologías de los gobiernos estatales son mitificaciones de ideas cristianas: la recuperación del Paraíso perdido –causa de los milenaris-

²⁸ René Girard, *Veo a Satán caer como el relámpago*, Barcelona, Anagrama, 2002. Intr., p. 17. Este título es una frase del evangelio de san Lucas (10,18).

mos–, la realización del Reino de Dios en la tierra mediante la política –la Ciudad perfecta terrenal que mitifica la Ciudad de Dios agustiniana–, la Religión de la Humanidad de Comte –una imitación cientificista de la católica–, la superación o anulación del pecado original –una obsesión del racionalismo moderno que culminó en Rousseau– para recuperar la libertad y la igualdad originarias y conseguir establecer *die wahre Demokratie*, la democracia auténtica o verdadera de Carlos Marx, Lenin, etc.

12.

Concretando. La agonía de la Cristiandad no es mortal. «El cristianismo –escribió Unamuno– es un valor del espíritu universal, que tiene sus raíces en lo más íntimo de la individualidad humana», y la Cristiandad es un producto de la historia naturalmente trágica del cristianismo, que decía Von Balthasar. Es famosa la frase de Pascal: «*l'homme n'est pas ni ange ni bête, mais quand il veut faire l'ange, fait la bête*» (el hombre no es ni ángel ni bestia, pero cuando quiere ser un ángel hace el bestia). Y el gran teólogo Romano Guardini escribió: «El cristianismo, ha elevado al hombre a un plano de la capacidad de actuar en el que, cuando se hace bueno, es mejor que el pagano, pero cuando se hace malo es peor que éste.»

El eón cristiano sigue librando la batalla contra el mundano. Y, en cierto modo, la está ganando. Parodiando a Chesterton, los argumentos de las ideologías o religiones seculares del eón pagano son falsificaciones o perversiones, justificadas y legitimadas por el cientificismo, de ideas cristianas ‘que se han vuelto locas’. Ideas que se están introduciendo y enraizando en todas partes. La principal, la libertad, es puramente cristiana. El término libertad ni siquiera existió antes en su sentido pleno, cristiano –que incluye la libertad interior y la exterior, el *homo interior* y el *homo exterior* de san Agustín–, en las lenguas del mundo no cristiano, que lo ha mimetizado de la Cristiandad.²⁹ Y, con el concepto cristiano de la libertad, el de igualdad. Pues, si el hombre es *imago Dei* –‘teohombre’, decía Vladimir Soloviov³⁰– todos los hombres, hijos del único Dios, son hermanos, es decir, iguales por naturaleza. Esa es una de las claves por la que es el cristianismo la mayor de todas las revoluciones y, en cierto modo, la causa de las revoluciones políticas.

²⁹ Vid. R. Stark, *The Victory of Reason: How Christianity led to Freedom, Capitalism and Western Success*, Nueva York, Random House, 2006.

³⁰ Vladimir Soloviov (1853-1900), *Teohumanidad. Conferencias sobre filosofía de la religión*, Salamanca, Sígueme, 2006.

De ahí la paradoja o pirueta de las que abunda la historia y hacen que, como decía Ortega, sea divertida: en este momento, se enfrentan existencialmente dos tipos de contrarrevoluciones. La francesa de 1789 y su continuación soviética fueron contrarrevoluciones anticristianas contra la revolución cristiana para conseguir la libertad y la igualdad perfectas, utópicas, lo que no deja de ser otra paradoja. Fracasadas en su propósito de cambiar la historia creando un hombre nuevo muy distinto del paulino al ser perfecto, no pecador, siguen siendo empero dominantes ideológicamente en la cultura –el laicismo radical, el marxismo cultural, las *culture wars* de moda...–, y, en el mundo político –las bioideologías herencia del nacionalsocialismo, el liberalismo liberticida muy distinto del clásico o tradicional, la legislación anticristiana y nihilista, etc.–, la revolución cristiana se enfrenta a ellas como una contrarrevolución.

13.

Para terminar. La política es una consecuencia del pecado original, la desobediencia a Dios Creador, que hizo de la libertad la causa de las desigualdades al matar Caín por envidia a su hermano Abel. El comienzo de la historia, según Girard. De ahí que consista su función en equilibrar

76 las desigualdades, adecuándolas al momento histórico, ateniéndose al criterio del bien común.

El gran problema actual consiste justamente en que las ideologías igualitarias resumibles en el socialismo, cuyo vigor religioso radica en su carácter utópico, sustituyen al cristianismo, coartando las libertades para conseguir *ad kalendas graecas* la paradisiaca libertad perfecta e igualitaria. Lo comprendieron muy bien Donoso Cortés, Tocqueville o el mismo Marx. Pero este último, un ‘judío saduceo’, decía Unamuno –los saduceos no creían en la resurrección–, influido por el economista David Ricardo, el nuevo cristianismo de Saint-Simon y la Religión de la Humanidad de Comte, redujo el socialismo –la sociabilidad innata del ser *teohumano*– a un problema económico soluble desde el punto de vista de su utópica filosofía de la historia.

La libertad y la igualdad naturales de todos los hombres y otras ideas cristianas han penetrado o están penetrando de una u otra forma, en todas partes. Pero no sólo como ideas cristianas: la libertad y la igualdad son las dos principales ideas-fuerza de las utopías ideológicas, que, como religiones seculares, políticas o de la política, las utilizan paradójicamente, tergiversándolas, contra el cristianismo.

Que, hay que reconocer, necesita institucionalmente, por lo de Pascal, una cierta limpieza de su carga mundana purificando la tradición. *Ecclesia semper reformanda*.

77

Consecuencia de todo ello es el auge del ateísmo, del indiferentismo, en definitiva del nihilismo, como en ningún otro momento de la historia universal, aunque se disfracen de religiones políticas. El ucraniano comisario de cultura soviético Anatoli Lunacharski organizó un juicio del Estado contra Dios en 1918 por crímenes contra la humanidad. Condenado a muerte por el tribunal popular, Dios fue fusilado al amanecer del día siguiente por un pelotón de soldados disparando ráfagas contra el cielo. Se ignora si le alcanzó alguna bala. Pero la ‘agonía’ de la Cristiandad –«*non veni pacem mittere sed gladium. Ignem veni mittere in terram*» (Mt 13,34)– podría deberse, en este momento, más que a los disparos, a que esté comenzando un nuevo tiempo-eje jaspersiano, determinado por la tecnociencia. «Dios escribe derecho con renglones torcidos», decía Santa Teresa.

Contacto

CEU-CEFAS | Centro de Estudios, Formación y Análisis Social

Calle Tutor, 35 | 28008 Madrid | España

Teléfono: (+34) 91 514 05 77

cefas@ceu.es

